

## ITINERARIO DE ATENEA (ALGUNOS ALCANCES EN SU CENTENARIO)\*

BERNARDO SUBERCASEAUX SOMMERHOFF\*\*

**N**OS PROPONEMOS COMPARTIR algunos aspectos del itinerario histórico de *Atenea* cuyo centenario nos convoca. Hemos seleccionado cuatro momentos que consideramos claves. En primer lugar, su fundación en 1924, en el que desempeña un rol destacado Enrique Molina. Un segundo momento lo ubicamos en los años del rectorado de David Stichkin entre 1956 y 1962. Un tercer momento corresponde a los cambios que experimenta la revista en el tránsito forzado del rectorado del Dr. Edgardo Enríquez a un rector nombrado por la Junta Militar. Y, finalmente, un momento actual que corresponde a las últimas décadas, en que hay notorios avances en su funcionamiento como revista académica, pero también la posibilidad de considerar un síntoma de los cambios que ha experimentado la Universidad de Concepción en las últimas décadas.

La revista se crea en 1924, cinco años más tarde que la Universidad. La funda el destacado educador, abogado, filósofo, masón y bombero, Enrique Molina, quien fue también el gran impulsor de la creación de la Universidad. Con el apoyo de dos logias masónicas logró involucrar a parte

\* Este trabajo fue leído y comentado el segundo día de celebración del centenario de *Atenea*, el 29 de mayo de 2024.

\*\* Ph. D. en Lenguas y Literaturas Romances por la Universidad de Harvard y Licenciado en Filosofía con mención en Literatura General, por la Universidad de Chile. Su campo de estudio es la modernización y cultura latinoamericana, especialmente en las áreas de literatura y comunicación. Entre sus principales publicaciones destacan: *Escritos políticamente (in)correctos*. Editorial Universitaria, 2021; coordinador del volumen III de *Historia crítica de la literatura chilena. La era republicana: la primera modernidad (1870-1920)*, G. Rojo (coordinador gral.), Lom, 2021; *Historia de las ideas y la cultura en Chile*. IV vols. Editorial Universitaria, 2011; *Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX* (Carlos Altamirano, ed.), Tomo II, Editorial Katz (Buenos Aires), 2010; *Historia del libro en Chile. Desde la Colonia hasta el Bicentenario* (tercera ed. corregida, aumentada e ilustrada), Lom, 2010.

significativa de la ciudadanía penquista, recurriendo incluso a donaciones y sorteos que luego se transformarían en la Lotería de Concepción. La Universidad de Concepción empezó a funcionar con 123 alumnos, además de una sección de educación popular y algunos ramos técnicos dedicados a obreros y empleados que funcionaban en Talcahuano.

El primer número de la revista va precedido por un escrito del propio Molina, que plantea las ideas matrices de la publicación. Señala que es una revista de carácter general y que en el futuro habrá otras consagradas a dominios particulares (piensa, probablemente, en las escuelas que ya funcionaban en 1924: Farmacia, Odontología, Química Industrial y Pedagogía). Se propone una revista que abarque desde la industria y la producción material, hasta los valores “superiores del espíritu” y del humanismo (*Atenea*, 1924, p. 3). De allí su nombre, *Atenea*, diosa de la sabiduría. Señala también que será una revista nacional, pero no nacionalista, evitando caer en un nacionalismo estrecho. Postula una revista amplia y tolerante, abierta a lo internacional pero también a lo propio y original.

Las ideas fuerzas con que se inicia la revista hay que situarlas en la polémica educacional que se dio en la segunda década del siglo XX y en la que Enrique Molina participó activamente. Polémica en que se confrontan los partidarios de un nacionalismo educacional estrecho que debe centrarse en lo industrial y técnico y abandonar la educación humanista e ilustrada. Esa que, según Francisco Antonio Encina, predominaba en los liceos y era culpable de *Nuestra inferioridad económica*, así lo plantea en libro con ese mismo título, publicado en 1911 (Encina, 1911/1955). Al año siguiente, en un Congreso de Educación, Molina critica las ideas de Encina y plantea una formación equilibrada que atienda tanto a las necesidades industriales y técnicas como a la formación humanista y a los valores del espíritu. Molina había conocido como alumno a los profesores alemanes que llevó Valentín Letelier al Instituto Pedagógico, y se oponía a quienes criticaban esa presencia, como Eduardo de la Barra en *El embrujamiento alemán* de 1899 (Barra, 1899). Estas ideas las expone Molina en una serie de conferencias que, siendo rector del Liceo de Talca, pronunció en la Universidad de Chile y que fueron reunidas en su libro *La cultura y la educación general* de 1912 (Molina, 1912). Frente a lo que considera nacionalismo estrecho –la crítica a lo foráneo solo por ser foráneo– el nacionalismo para Molina debía consistir, más que en declamaciones y posturas extremas, en “una acentuación del civismo y del espíritu público” (Molina, 1912, p. 47). Sostiene, con un dejo de ironía, que “nadie duda del carácter nacional de nuestro ejército y sin embargo ha recibido la más poderosa influencia germana” (1912, p. 45).

Crítica también el anti-intelectualismo y anticientificismo de Encina y la idea de que la piedra angular de la moral de toda sociedad la constituyen las “ideas y los sentimientos tradicionales”. Lo verdadero –afirma– es tanto o más importante que lo útil (Molina, 1912, p. 65). Esta búsqueda de equilibrio entre el hacer y el ser, entre la ciencia y el humanismo ilustrado, son ideas fuerza que Molina puso en práctica en los distintos cargos docentes que ejerció antes de fundar la Universidad de Concepción, ideas fuerza que están en las palabras preliminares del primer número de *Atenea* y en el subtítulo de “Revista de Ciencias, Artes y Letras”.

El número 1 tiene 69 páginas y cuesta \$3, lo que en la época alcanzaba para tres kilos de pan. La comisión directiva la preside Enrique Molina y la integra como agente Carlos George Nascimento, propietario más tarde de la editorial Nascimento. El número incluye algunas piezas literarias, un artículo sobre el sentimiento de la inmortalidad en Unamuno, otro sobre lo que debe ser el programa espiritual de un universitario y otro sobre poetas uruguayas. También textos breves del propio Molina, uno en que rinde homenaje al libro, pero también señala que es necesario precaverse de una cultura meramente libresca. Y otro en que le responde a Pío Baroja por su desprecio a los pueblos hispanoamericanos, a los que el escritor español calificaba de “americanillos insignificantes”. “Usted señor Baroja –le dice Molina– no es sino un retardado epígono de nuestros José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao” (M.E., 1924, p. 64).

Hasta 1956, durante el rectorado de Molina, la mayoría de quienes ejercieron cargos directivos de la revista, son escritores o críticos literarios, entre otros: Eduardo Barrios, Luis Durand, Raúl Silva Castro y Domingo Melfi, lo que se manifestó en una mayoría de textos creativos, críticos o ensayos próximos a la tendencia criollista, naturalista y al realismo social. Una etapa en que *Atenea* es más bien una revista cultural de predominio literario. Fue también la época en que en 1929 se creó el premio *Atenea* que hasta hoy día se sigue entregando.

La segunda etapa de la revista, que consideramos clave, corresponde al rectorado del profesor David Skitchin, entre 1956 y 1962, y luego en 1968. Su gestión ubicó a la Universidad de Concepción y a la ciudad como un polo cultural no solo de la región sino a nivel del país, incluso a nivel latinoamericano. Ya antes de ser rector, siendo profesor de la Facultad de Derecho, David Stichkin había creado un teatro universitario. Cuando asumió como rector, el teatro, conocido como TUC, llegó a contar con un plantel estable, entre otros con Delfina Guzmán, Gustavo Meza, Nelson Villagra y Pedro de la Barra, y montó más de sesenta obras.

Bajo su rectorado, la Universidad de Concepción fue plenamente una universidad compleja en que la extensión y la vinculación con el medio fueron tan importantes como la docencia y la investigación. Apoyó la realización de un taller de escritores por varios años, un encuentro de escritores nacionales en 1958, escuelas de temporada bajo la coordinación de Gonzalo Rojas, entonces director del Departamento de Español. En una de ellas, a comienzos de la década del 60, participaron Ernesto Sábato, Carlos Fuentes, el poeta Allen Ginsberg, Mario Benedetti, Nicanor Parra, Margarita Aguirre, Luis Oyarzún, Lawrence Ferlinguetti, Alejo Carpentier, Augusto Roa Bastos, José Miguel Arguedas, Mariano Picón Salas, entre otros, o sea, nada menos que la cabeza del movimiento beatnik y del boom de la novela latinoamericana. También estuvieron Linus Pauling, premio nobel en Química, el pintor Osvaldo Guayasamín y el arquitecto Oscar Niemeyer. Según un académico de la Universidad Católica, “los encuentros en Concepción permitieron una toma de conciencia entre los autores. Ya no se verían como yo, tú y él, sino como nosotros, como el boom latinoamericano” (Onell, como se citó en Duhalde, 2016, s/p.). En los años 1957 y 1958, la Universidad contrató a Violeta Parra para que trabajara en la conformación de un museo de folklore y realizara investigación. Patrocinó también un concierto gratuito de Violeta Parra en el Teatro Concepción. Son años en que la Universidad generó un ecosistema intelectual y cultural paralelo al de la capital, actualizando así una tradición que en lo político data desde la Independencia. Todo esto en un clima en que se pensaba que la independencia y soberanía definitiva de América Latina estaba a la vuelta de la esquina.

Varias de estas actividades fueron anunciadas en *Atenea*, incluso se planificó un número con intervenciones de estas escuelas pero que no llegó a nacer. En el número 131 de la revista se registra el Primer Encuentro Nacional de escritores en 1958, en que se reúnen las figuras más destacadas de las letras nacionales. Algunos de los convocados publican artículos en la revista. En los años de la pandemia del covid-19, la ensayista y traductora francesa, Fabienne Bradu recoge los testimonios de los encuentros en Concepción de 1958, 1960 y 1962 en un libro que fue coeditado por la Universidad de Concepción y que rinde un homenaje al poeta Gonzalo Rojas, artífice en gran medida de esos encuentros (Bradú, 2019). También se debe a Gonzalo Rojas el traslado de la dirección de la revista de Santiago a Concepción. En cuanto a contenido de la revista, van mermando los textos de creación y figuran importantes aportes en el plano de la filosofía y la ciencia, como son los artículos de Roberto Torretti y de figuras culturales significativas como Gabriela Mistral, Jean Paul Sartre y Albert Camus.

El tercer momento de cambios en la revista ocurre entre 1973 y 1974, luego de una etapa de crisis en que soplan los vientos de la reforma universitaria, crisis que describió muy bien la directora de la revista en su intervención de ayer, crisis creativa la llamaría yo. El número 425, previo a la dictadura, se centra en un homenaje a Pablo Neruda a raíz de habersele otorgado el premio Nobel. Incluye el discurso del poeta y artículos de Jaime Concha, Jaime Giordano, Francois Perus y del rector de la universidad, Dr. Edgardo Enríquez Frodden. Son años en que la comisión directiva de la revista está integrada por Galo Gómez, Alejandro Witker y Jaime Concha, destacado investigador sobre poesía chilena y director interino de la revista por un breve plazo. La clase inaugural del año académico en 1972 fue dictada en la Casa del Deporte por el presidente de la República Salvador Allende, hecho recogido por la revista (p. 133). También se da cuenta de un convenio cultural y científico técnico entre la Universidad de Concepción y la Universidad de Lieja, y entre la Universidad de Concepción y la Universidad de La Habana, Cuba. Casi todos los académicos mencionados fueron destituidos o, como se decía entonces, “exonerados”. La dictadura implicó una exclusión autoritaria de corrientes culturales y un control del espacio público que se tradujo, sobre todo hasta 1983, en una merma del espacio creativo de la sociedad, incluyendo las universidades. A partir de 1974 se publicaron artículos, en general, sin connotaciones histórico-políticas, como uno sobre los insectos en Chile, o textos de voces más bien conservadoras o partidarias del Golpe, como Antonio de Undurraga, Braulio Arenas y Eugenio Pereira Salas. En un testimonio publicado en España, el exrector Edgardo Enríquez, médico y masón, recuerda que su biblioteca personal “hubo que enterrarla y allá en Concepción, donde está todavía, más de una vez he pensado que, así como en la Segunda Guerra Mundial la gente enterraba joyas o dinero, nosotros en Chile tuvimos que esconder o quemar libros” (1983). La entrevista es del año 1983. Tal vez en ese entierro, pienso yo, puede haber incluso algunos números de *Atenea*.

A partir del Golpe, la Junta Militar nombró cuatro rectores delegados, el primero de ellos fue Guillermo González Bastías, que ejerció desde el 3 de octubre de 1973 hasta junio de 1975. Tenía estudios de contador auditor en el Instituto Superior de Comercio, INSUCO, de Valparaíso y fue durante varios años contador auditor de la Armada, trabajo que probablemente incidió en su nombramiento. Antes del Golpe, ejerció cargos administrativos en la Universidad de Concepción y hasta 1973 fue director de Hogares y de Asuntos Estudiantiles. Algunos de estos rectores delegados participaron en la Junta Directiva de la revista *Atenea*. Son años en que opera en los aca-

démicos que no fueron exonerados una velada autocensura, los artículos sobre obras literarias son análisis intrínsecos o estructurales con ausencia de una perspectiva histórico-social. Son años en que el ajuste aplicado a la educación superior por la dictadura deja algunas huellas en la mercantilización de la misma, afectando sobre todo a las universidades públicas y, en menor medida, a las que pueden considerarse como para-estatales.

El cuarto momento de la revista *Atenea* corresponde a la transición, a la recuperación de la democracia y a las décadas recientes. Se caracteriza en la revista por varios adelantos en términos gráficos y de presentación, por una creciente diversidad e internacionalización en la procedencia de los artículos. Por un aumento paulatino de los ámbitos disciplinarios contemplados y por la presencia de temas vinculados a los cambios culturales de las últimas décadas. También avances en la gestión con la incorporación del DOI que sirve para identificar, publicar o localizar documentos electrónicos. En esta última etapa, *Atenea* opera como se espera que funcione una revista académica para ser indexada, con normas de presentación de los artículos, con la revisión y evaluación por pares, con una regularidad de números al año y con una focalización en la lógica de lo que se entiende internacionalmente por un *paper*, excluyendo, por lo tanto, la prosa creativa tan frecuente en la primera etapa. Lógica del *paper* y, hasta cierto punto, dictadura *del paper*, especie que hoy día corre peligro con las capacidades y virtudes de la inteligencia artificial. Hay que felicitar, sin embargo, a la dirección actual de la revista que, en los últimos años, ha introducido una sección *Heterogénea* que se aleja de esa lógica.

Aunque parezca algo irreverente, me quiero referir a una novedad que conocí por experiencia propia. En una oportunidad que publiqué un artículo en *Atenea*, luego de ser aceptado se me solicitó que para publicarlo tenía que abonar \$ 50 dólares o su equivalente en pesos. Entiendo que esta política fue transitoria, ocurrencia de un director del pasado que felizmente ya no opera. Ocurrencia que no comparto como política de una revista, sobre todo cuando es de humanidades, pero sí trato de explicármela. Fui director durante diez años de la *Revista Chilena de Literatura* y siempre tuve problemas con la administración en términos de recursos para un dossier o para un número especial, y dos o tres veces tuve que conseguir fondos por otro lado. Más que criticar la medida en sí, como un hecho aislado que no tuvo continuidad, pienso que debe considerársela como un síntoma, como una huella de la mercantilización de la educación superior instalada durante la dictadura y, de alguna manera, aunque con varios parches, continuada en la transición. El cobro a los autores por publicar artículos ya aceptados

opera en algunas revistas académicas chilenas. La *Revista Electrónica de Biotecnología* de la Universidad Católica de Valparaíso, asociada a una plataforma de revistas científicas, cobra 1.100 dólares a los artículos aceptados para publicación, eso por las primeras 15 páginas, y para las adicionales, 100 dólares por cada página extra. Publica cinco números al año, de modo creciente con autores chinos. Los chilenos aceptados –y me consta porque conozco un caso– se ven obligados a pedir financiamiento a la ANID. El cobro por publicar es de alguna manera un síntoma residual de la restricción de fondos a la educación superior, recortes que se inscriben en la idea de un Estado subsidiario.

La universidad como institución *es y no es* una empresa y hay que precaverse de que *el ser empresarial* no se imponga sobre *el que no es* empresarial y que alude a lo propiamente universitario, a la triple función de docencia, investigación y extensión. Lamentablemente, esta mercantilización se ha naturalizado más allá de lo sensato en la vida académica e institucional, incluso en nosotros mismos. Dirijo un Centro de Lenguas y Culturas que creamos en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile durante la pandemia, centro que imparte virtualmente, y a público general, trece lenguas, desde árabe, chino, coreano, japones, mapudungun, creole y ruso, más todos los idiomas occidentales en varios niveles, y muy pronto croata y rumano. Cuando el centro requiere de dos nuevos computadores me dirijo a las autoridades y a la Dirección Económica de la Facultad argumentando que hemos ingresado \$ 70 millones en plata fresca proveniente de alumnos de todas las regiones y del extranjero, y que hemos pagado puntualmente el *overhead* de 21% a la Facultad y de 5% a la universidad, eso es lo que cuenta, es lo que importa. Si en la carta petición argumentara que enseñamos muchas lenguas, que contribuimos a la internacionalización, que Andrés Bello ya le daba gran importancia a la enseñanza de idiomas, o si recurrimos a pensadores como George Steiner y Wittgenstein, según los que aprender una lengua distinta es abrir una nueva ventana a la existencia, si les diera esos argumentos sencillamente nos quedaríamos sin los computadores.

Por cierto, no se trata de volver al pasado, a la época en que yo estudié, cuando la universidad era gratis y solo había cerca de 140 mil estudiantes en todo el país y no un millón y tanto como hoy día. Años en que los prestigios académicos individuales e institucionales se construían de modo diferente a como se construyen en la actualidad. Tampoco existían las universidades privadas ni los negocios respecto a las mismas, documentados en publicaciones de María Olivia Monckeberg (Monckeberg, 2005, 2007). Sencillamente se trata de hacer una advertencia y de pensar sobre

el ecosistema universitario en que habitamos. Prevenir sobre los excesos de mercantilización del conocimiento y de la educación superior, residuos que algunos califican de criterios de mercado y aluden al neoliberalismo. Se trata solo de alertar el espíritu crítico respecto a los grandes cambios que ha experimentado la educación superior y las universidades en el último medio siglo, algunos incluso positivos como el caso de las universidades públicas regionales –pienso en la Universidad de Talca y en la de Los Lagos, que conozco–, pero otros y varios no, como por ejemplo el actual sistema de acreditación.

Espero no equivocarme, pero creo que haciendo la advertencia que estamos haciendo ante las huellas residuales de la mercantilización en la educación superior, estamos siendo fieles al espíritu de Enrique Molina, fundador de esta casa de estudios y de *Atenea*.

En síntesis, al revisar los cuatro momentos que hemos examinado podemos concluir que el itinerario de la revista no ha sido del todo ajeno a los cambios y climas histórico-políticos y culturales que se han producido en el país, entre los que se cuenta que por primera vez tenga como directora a una mujer.

Muchas gracias

## REFERENCIAS

- Atenea. (1924). *Atenea*, I(1), 3-5. <https://doi.org/10.29393/At1-20EMAT60020>
- Barra, E. de la. (1899). *El embrujamiento alemán*. Establecimiento Poligráfico Roma.
- Bradú, F. (2019). *Cambiamos la aldea. Los encuentros de Concepción 1958, 1960, 1962*. Fondo de Cultura Económica; Editorial Universidad de Concepción.
- Duhalde, M. (7 de diciembre de 2016). La UdeC: El lugar que vio nacer el Boom Latinoamericano de literatura en 1960, *Biobío Chile noticias. Artes y cultura*, en línea. <https://www.biobiochile.cl/noticias/artes-y-cultura/actualidad-cultural/2016/12/07/la-concientizacion-del-boom-latinoamericano-nacio-en-la-u-de-concepcion.shtml>
- Encina, F.A. (1955). *Nuestra inferioridad económica*. Universitaria. (Obra original publicada en 1911).
- Entrevista a Edgardo Enríquez. (1983). *Araucaria*, 24.
- Molina, E. (1912). *La cultura i la educación general*. Disponible en Memoria Chilena, Biblioteca Nacional de Chile. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-86446.html>.
- M., E. (1924). Pío Baroja y los Latino-Americanos. *Atenea*, I(1), 63-65. <https://doi.org/10.29393/At1-27EMPB10027>



- Monckeberg, M. O. (2005). *La privatización de las universidades. Una historia de dinero, poder e influencias*. La copa rota.
- Monckeberg, M. O. (2007). *El negocio de las universidades en Chile*. Random House Mondadori.
- Vida universitaria. (1972). *Atenea*, 425, 132-134.